



Los costos de la paz

El asesinato de una persona que empeña su vida en construir la paz donde había guerra es un golpe seco que corta la respiración, deja la mente en blanco y nos sume en el dolor y la tristeza. Eso nos sucedió cuando mataron a Monseñor Romero y a Ignacio Ellacuría y así nos ha sucedido ahora al tener la noticia del asesinato de Isaac Rabin a manos de un fundamentalista fanático israelí. Cayó abatido, precisamente al concluir su participación en una concentración masiva en favor de la paz.

Quien hiciera la guerra para fundar el Estado de Israel, quien volvió a combatir cifrando la seguridad del Estado sobre la ampliación territorial, la superioridad bélica y la humillación de sus enemigos, comprendió al fin con realismo que esa victoria impedía llegar a un estado de paz, y comenzó a desandar el camino hacia unas bases de equidad que hicieran posible la aceptación mutua. Por el lado palestino el líder histórico de la resistencia, Yasser Arafat, decía también adiós a las armas para transitar el camino de la negociación apoyada en el movimiento popular.

Los dos viejos enemigos, superándose a sí mismos, emplearon su experiencia acumulada, no ya para vencerse, sino para lograr acuerdos estables. Cada paso de acercamiento mutuo los distanciaba de una parte de sus pueblos. De ahí la necesidad de un arduo trabajo de convencimiento para desarmar conciencias, desandar posiciones, no enquistarse en experiencias pasadas y abrirse a posibilidades nuevas (que sin embargo, gracias a Dios, también tienen hondas raíces históricas). Eso fueron haciendo ambos como debe ser, paso a paso, cautelosamente. Hasta que llegaron a darse las manos. Aparecieron públicamente ante sus pueblos y ante el mundo, si no como amigos, sí como socios. Socios para la paz.

A partir de entonces, para ellos y lo que representaban, la suerte estaba echada: en adelante se trataba de crear un verdadero Estado palestino y de permitir que se diera, con las transformaciones de parte y parte que ello requería. Así como costó muchos años que los palestinos (desalojados con el apoyo inglés y estadounidense) reconocieran al Estado de Israel (y sin este reconocimiento nunca sería posible la paz), así ahora es de todo punto de vista necesario que el Estado de Israel reconozca al Estado palestino y que haga valer ese reconocimiento entre sus ciudadanos.

Para la opinión pública que se expresa en nuestros medios de comunicación, el punto oscuro de la negociación estaba en los fundamentalistas fanáticos palestinos. Acostumbrados a mirar las

cosas desde el punto de vista israelí, no se percataron del peligro paralelo de los extremistas hebreos. Según confesión propia, tampoco los servicios secretos israelíes cubrieron debidamente este flanco, copados como estaban por el seguimiento a los palestinos. Y, sin embargo, de los fundamentalistas hebreos partió la bala asesina.

Esta tragedia no fue un accidente. Revela el drama que se debate en estos tiempos. Una democracia vacía conduce a la decadencia y la atomización; el bazar cultural que se desarrolla en su interior está profanado y trivializado, y es incapaz de dar peso a la humanidad. Pero los Estados fundamentalistas tampoco son alternativa: al sacrificar la libertad, dejan afuera al Espíritu. Escinden a las personas y establecen exclusiones. De ellos no puede brotar tampoco vida compartida.

Ante la sangre, aún caliente, de esta nueva víctima tenemos que tener el coraje de reconocer que nuestras manos o nuestro corazón están manchados de sangre o de olvido culpable. Y así no es posible construir la paz ni volver a la vida su condición de humana.

En La Orestíada (esa cima de Occidente que después de veinticuatro siglos el Occidente no acaba de asimilar todavía) puede decir Orestes a sus acusadores ante la asamblea de ciudadanos-jueces que sus manos ya están limpias. La ciudad lo puede absolver con justicia porque a través de la religión se rehabilitó y ya no es un asesino. Tiene que existir el Estado y sus instituciones; pero ellas solas son incapaces de sanar a las personas y a los ambientes. Son imprescindibles otras instancias en las que los seres humanos puedan rehacerse. Pero a su vez estas instancias no pueden convertirse en ley ni imponerse por la fuerza ni tomar la forma de un Estado.

Con una inmensa grandeza el embajador de Israel en Venezuela reconoció en el ambiente sagrado del duelo: «Hemos fracasado en la educación de nuestros hijos y en la de nosotros mismos». El embajador aludía a la intolerancia (nuestro fracaso venezolano consiste en la indiferencia de los de arriba y la resignación de los de abajo). Si este reconocimiento expresa la toma de conciencia de un país, será verdad que no hay mal que por bien no venga. Ese bien, ha dicho el Presidente de Israel, no es otro que «no a la violencia y sí a la paz». Pero esa paz no vendrá sin la conjunción de un Estado no fundamentalista, justo, fuerte y tolerante, y una vivencia religiosa transida de Espíritu, que no fanatice sino que humanice, rehabilite y lleve a una verdadera fraternidad.